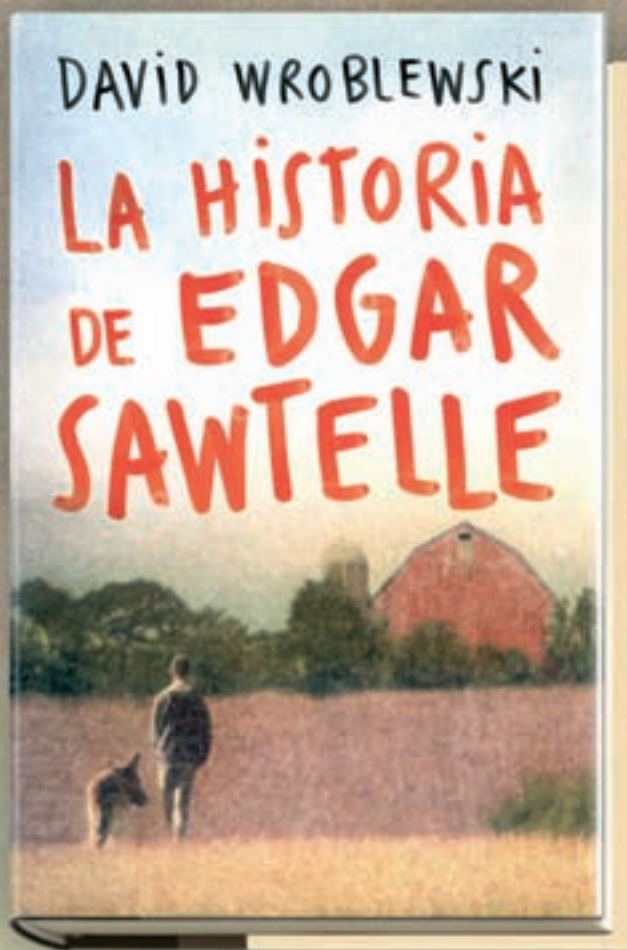


La historia de Edgar Sawtelle

Capítulo “La camada”

Fecha de publicación: 7 de septiembre de 2010



“Cuando encontraba un perro que le gustaba, se agachaba y lo miraba a los ojos. A veces llegaba a un acuerdo con el dueño. Convirtió el establo gigantesco en perrera. Allí, el abuelo de Edgar desarrolló su talento para la cría de perros, unos perros tan diferentes de los pastores, los sabuesos, los canes de caza y los perros de trineo que le habían servido para fundar la estirpe que la gente llegó a conocerlos simplemente como los perros sawtelle”.

La camada

Ese día se despertó en el dormitorio vacío con la lejana sensación de que *Almondine* había saltado de la cama a la luz gris del alba. Habría querido seguirla, pero se acomodó otra vez en la cama y, cuando volvió a abrir los ojos, el sol brillaba y las cortinas se abolsaban hacia adentro de la habitación, trayendo consigo una salva de martillazos duplicada por el eco. Claude estaba trabajando en el lado del tejado del establo orientado al campo. Apartó la manta con los pies, se vistió y bajó la escalera con las zapatillas de deporte en la mano. *Almondine* estaba tumbada en un paralelogramo de sol que había en el porche. Sus padres estaban en la mesa de la cocina, compartiendo las páginas del *Mellen Weekly Record*. Las tareas matinales estaban terminadas y los dos perros del criadero que habían pasado la noche en la casa, según el turno rotativo, estaban de vuelta en sus cubículos.

Edgar comió una tostada en el porche mirando el campo. *Almondine* rodó hasta quedar tumbada de espaldas, despatarrada como un cocodrilo, con la vista fija en su plato. El niño la miró y sonrió.

«Lo siento», signó sin dejar de masticar.

Almondine se pasó la lengua por los belfos y tragó.

—Edgar, ¿cuándo termina la escuela? —le preguntó su padre desde la cocina.

Edgar inspeccionó los últimos centímetros cuadrados de tostada, con mantequilla en los bordes y un montón de mermelada de frambuesa en el centro. Mordisqueó la corteza e hizo chasquear los labios. *Almondine* flexionó el espinazo para verlo mejor. Finalmente, él le tendió el trocito de tostada sujeto entre el pulgar y el índice hasta rozarle los bigotes con

la palma de la mano. Una vieja costumbre. La perra se puso de pie perezosamente y olisqueó su regalo, fingiendo no estar segura de que le conviniere, y por último se llevó el trozo de tostada, delicadamente cogido entre sus pequeños incisivos.

Edgar entró en la cocina y dejó el plato sobre la mesa.

«El viernes es el último día», signó.

—He visto a *Iris* esta mañana. Ya le han bajado bastante los cachorros —dijo su padre.

Edgar vio que lo estaba mirando con expresión solemne. ¿Cuál sería el problema? ¿Sería demasiado pronto para *Iris*? Intentó recordar si había cepillado a la perra la víspera, o si la había tocado siquiera.

—¿Te gustaría que esa camada fuera tuya?

Le llevó un segundo digerir lo que estaba diciendo su padre. Parpadeó y miró en dirección al establo. Las líneas del revestimiento rojo exterior pulsaban en una onda del cristal de la ventana del porche.

—Te ocuparás del parto. Yo estaré presente, pero la responsabilidad será tuya. Y cuidarás a los cachorros —dijo su padre—. Todos los días. Si uno de ellos enferma, tú lo atenderás, por mucho que prefieras hacer otras cosas. Y también te ocuparás del adiestramiento, hasta que los coloquemos con familias, incluso cuando vuelva a empezar la escuela.

Edgar asintió. Estaba sonriendo con expresión estúpida, pero no podía evitarlo.

—Con mi ayuda —dijo su madre—, si la quieres.

Su madre rió un poco, le tocó el brazo y se recostó en la silla. Su padre tenía el periódico plegado sobre las rodillas. ¡Parecían tan satisfechos en ese momento! De pronto, Edgar comprendió que llevaban mucho tiempo hablando al respecto, observándolo e intentando determinar qué camada sería la mejor. Él no lo había pedido. Normalmente, su padre se ocupaba de los partos y los cachorros, y a partir de cierta edad los perritos pasaban a ser responsabilidad de su madre. Mientras ella los adiestraba, su padre les buscaba colocación. Edgar ya tenía un sinnúmero de tareas en el criadero, divididas entre los dos. Daba de comer a los perros, les limpiaba los cubículos y —su especialidad— les cepillaba el pelo. También ayudaba con el adiestramiento: les enseñaba a caminar sin tirar de la correa, a seguir la mirada del amo y a crear distracciones cuando su madre quería ponerlos a prueba. Pero esto era diferente. Querían que Edgar se ocupara de toda una camada, desde el nacimiento hasta su colocación.

—Con un poco de suerte, el parto se retrasará hasta que haya termina-

do la escuela –dijo su padre–. Pero tenemos que vigilar a *Iris*. Uno nunca sabe. –Cogió el periódico, lo plegó por el centro y le echó una mirada a Edgar–. ¡Menuda cara! Se diría que eres tú el que va a tener cachorros –dijo.

Entonces el niño se echó a reír. *Almondine* entró desde el porche para ver qué estaba pasando, con las orejas aplastadas sobre la cabeza y abanicando el aire con la cola. Dio una vuelta alrededor de la mesa apretando el hocico contra las manos de todos.

«Gracias», signó Edgar. Bajó las manos, volvió a levantarlas y las dejó caer nuevamente cuando no encontró nada más que decir. Fue hasta el frigorífico, se sirvió más leche en el vaso y la bebió sin cerrar la puerta. En el fondo del frigorífico encontró una caja de quesitos. Se comió uno a la vista, disimuló el resto en la palma de la mano y salió a la luz deslumbrante del verano.

El corral paridero, situado cerca del fondo del establo y rodeado de gruesos tabiques de madera, era más cálido, oscuro y tranquilo que cualquier otro lugar del criadero. Los tablones de las paredes estaban impregnados de los olores del parto: sangre, placenta, leche y sudor. Los cubículos eran de tamaño medio, sin salida al exterior, para mantener estable la temperatura. El padre de Edgar tenía que inclinarse bajo el techo abuhardillado. Las bombillas de pocos vatios emitían una luz desvaída que hacía brillar tenuemente los ojos de los cachorros, y en cada cubículo había un anticuado termómetro de pared, uno de ellos montado sobre el dibujo de una botella de Pepsi, y el otro, sobre un logotipo azul y blanco de Valvoline, ambos marcados con una gruesa línea negra a la altura de los veintiséis grados centígrados. En el pasillo, un reloj de pared con segundero, que funcionaba con pilas, marcaba tranquilamente el paso del tiempo con su tictac.

Una madre y su camada de un mes ocupaban el primer cubículo. Los cachorros tenían apenas la edad suficiente para escapar de la caja donde habían nacido. Se caían unos encima de otros, apretaban los negros hociquitos romos contra la malla metálica para mordisquear los dedos de Edgar, y después, sin razón aparente, se asustaban y huían torpemente.

En el cubículo más alejado, *Iris* yacía en silencio, jadeando, de espaldas a la caja que había en un rincón. Edgar se arrodilló a su lado mientras ella le lamía el dorso de la muñeca. Le apoyó una mano sobre la seda ca-

liente del vientre y le mostró con la otra un quesito. *Iris* se lo quitó de la palma de la mano con la lengua y después se olisqueó la barriga, donde él se la había tocado.

«Pronto tendrás que trabajar mucho –signó Edgar–. Lo sabes, ¿verdad?»

Iris tragó y lo miró con ojos húmedos a la luz cavernosa. El niño se metió una mano en el bolsillo y sacó otro quesito.

Soñaba que iba corriendo, con los pies golpeando bajo el cuerpo y el aliento convertido en jadeo. Siempre llegaba tarde. La tercera noche se despertó con un ataque de ansiedad, y ya estaba en la puerta de la cocina, de camino para ir a ver a *Iris*, cuando cambió de idea. En el desayuno, peló un huevo cocido y fue con su padre al establo. Estaba ensayando mentalmente el argumento para saltarse la escuela, pero antes incluso de tocar a *Iris*, su padre dijo:

–No será hoy.

Edgar se agachó y le acarició la cara a la perra. Partió el huevo en trocitos y empezó a dárselo, mientras su padre intentaba explicarle cómo lo sabía.

–Mírale los ojos –dijo–. ¿Los ves llorosos? ¿La ves que camine en círculos?

Su padre palpó la curva del vientre enorme de *Iris* y las patas traseras, le miró las encías y le tomó la temperatura. Siempre tenía una explicación, pero la verdad –según sospechaba Edgar– era que él simplemente *sabía*, aunque no pudiera decir por qué. Repasaron la historia de *Iris* como reproductora: había parido a los sesenta y dos días de gestación su primera camada de seis, y a los sesenta y cuatro días su segunda camada de cinco. El viernes sería el día sesenta y dos.

Cuando terminaron, Edgar le puso el collar a *Iris*, le enganchó la correa y la llevó a pasear a donde ella quisiera. La perra se dirigió primero a las hierbas altas detrás del establo y después a los manzanos Wolf River del huerto. Las patas traseras parecían remar a los lados del cuerpo cuando caminaba. Cuando *Almondine* se le acercó, grave y respetuosa, *Iris* se prestó a su inspección.

Edgar subió preocupado al autobús escolar. Diez mil horas más tarde, el autobús volvió a detenerse en el sendero de su casa y él se sintió ligero y aliviado mientras abría la puerta del corral. *Iris* estaba durmiendo, solitaria y enorme. Cuando pasó el viernes, Edgar casi no notó que la escuela

había terminado. Era sólo un día más, durante el cual *Iris* seguramente pariría mientras él estaba fuera.

Cuando fue a mirar, el sábado por la mañana, el relleno de la caja apareció amontonado en una pila. En lugar de yacer estirada en su habitual postura gestante, *Iris* jadeaba y daba vueltas por el cubículo, y se le acercó con su paso pesado. Una vez fuera, se dirigió hacia el campo de heno y el bosquecillo de avellanos.

—Parece interesante —dijo su padre, sin pronunciarse, cuando Edgar lo encontró en el taller.

Fueron juntos al corral paridero. *Iris* había vuelto a instalarse en la caja preparada para el parto.

—¿Cómo va todo, muchacha? ¿Es hoy el día?

Ella lo miró y respondió con un golpeteo de la cola sobre las tablas del suelo. El padre de Edgar se metió las manos en los bolsillos, se recostó contra la pared y la observó.

—No será ahora mismo —dijo al cabo de un momento—, pero será a lo largo del día. Quiero que vengas a verla cada media hora a partir de este momento. Pero no te quedes dentro del cubículo. Sólo queremos saber si está durmiendo, caminando o qué.

«Me quedaré y esperaré.»

—No, no pases aquí más tiempo del necesario. Cuando entres, hazlo todo lentamente y sin ruido. Ahora está preocupada y sólo piensa en proteger a sus cachorros. Si la molestamos demasiado, podría dejarse llevar por el pánico. ¿Lo entiendes? Podría tratar de comerse a los cachorros para protegerlos.

«De acuerdo», signó Edgar.

No era lo que quería oír, pero entendió el razonamiento.

—Ahora tenemos que prestar atención al momento en que empiece a lamerse o a dar vueltas en la caja. Cuando empiece, tendremos trabajo.

Entonces el tiempo se espesó como cemento húmedo. Edgar sacó de la cómoda un reloj de bolsillo que le habían regalado hacía años para Navidad, le dio cuerda, lo puso en hora y lo sacudió para asegurarse de que funcionaba.

Salió con *Almondine* por la senda del riachuelo, pero antes de recorrer la mitad del camino dio media vuelta y regresó corriendo, golpeando los helechos con las manos. Llegaron con cinco minutos de adelanto res-

pecto a la hora de la siguiente comprobación. Edgar se sentó con la espalda apoyada en una de las estrechas ruedas delanteras del tractor mientras *Almondine* dormitaba en la hierba fresca, enojosamente tranquila y relajada. Cuando pasó el tiempo, el niño encontró a *Iris* echada en la caja, con el hocico apoyado sobre las patas delanteras flexionadas; al verlo, la perra levantó la cabeza. En el otro cubículo, los cachorros se precipitaron contra la puerta y trataron de morderle la goma de la zapatilla de deporte cuando él la acercó a la malla metálica. Volvió a la casa, miró el reloj y lo comparó con la hora que marcaba el de la pared de la cocina. Sacó de la librería el *Nuevo diccionario enciclopédico Webster de la lengua inglesa* y lo abrió al azar. Los ojos le temblaron ante las palabras. *Intacto. Intangible. Integral*. Pasó un grueso bloque de páginas. *Pericial. Perímetro. Periplo*. Nombres ridículos e imposibles para perros. Los dedos de los pies se le agitaban nerviosamente y los talones le golpeaban el suelo. Cerró de un golpe el diccionario y se arrodilló delante del televisor, moviendo la perilla para sintonizar sucesivamente los canales locales de Wausau, Eau Claire y Ashland.

Su padre le encargó pequeñas tareas distribuidas a lo largo de las horas, más para aliviarle la espera que por necesidad, según sospechaba Edgar: apilar periódicos en la puerta del cubículo; colocar toallas sobre los periódicos; alisar el relleno de la caja del paridero; lavar el cazo de acero inoxidable del taller, llenarlo de agua y ponerlo al fuego; meter las tijeras y las pinzas hemostáticas en el cazo y hervir el agua; poner un frasco de hexaclorofeno encima de las toallas; preparar hilo y tintura de yodo, e ir a buscar una correa corta.

Después de la cena, cuando hubo pasado la media hora siguiente, pidió permiso para levantarse de la mesa y fue al establo. Su padre solía decir que siempre se ponían de parto a la hora de la cena. De pie en sus cubículos, los perros siguieron su avance por el pasillo con un lento movimiento de los hocicos.

Sólo tuvo que echar un vistazo. Como no quería montar un alboroto, se obligó a recorrer andando toda la longitud del establo, pero en cuanto el cielo de la noche se abrió sobre su cabeza, sus piernas decidieron por sí solas y salió corriendo hacia la casa.

—¿Recuerdas lo que dije acerca de no ponerla nerviosa? Estará tranquila si sabe que nosotros estamos tranquilos. Muévete lentamente. Ella

ya tiene experiencia en esto. Nuestro trabajo es mirar y ayudar un poco, nada más. *Iris* lo hará todo. Nosotros solamente le haremos compañía.

Edgar caminaba como un pato al lado de su padre, con una palangana de agua tibia balanceándose entre las manos.

«De acuerdo», asintió. Hizo una inspiración y soltó el aire. El sol poniente proyectaba sobre el sendero la sombra de su padre.

—Y ahora —dijo Gar—, vamos a ver cómo está.

Iris estaba en su caja, con la cabeza gacha, excavando frenéticamente. Hizo una breve pausa al verlos entrar en el corral paridero, los miró y volvió a su trabajo.

—Adelante —dijo su padre señalando la puerta con un gesto.

Edgar entró en el cubículo con el cazo en la mano y lo dejó en un rincón. Su padre le dio los periódicos, las toallas y todo el material que había reunido a lo largo de la tarde. *Iris* dejó de escarbar y fue hacia la puerta. Su padre se agachó y le acarició la cara y el pecho; le pasó la punta del dedo por la línea de las encías y le apoyó la palma de la mano sobre el vientre hinchado; para devolverle el gesto, ella se adelantó hasta tener una de las patas fuera del umbral de la puerta del cubículo. El padre de Edgar le apoyó las manos sobre los hombros y la hizo retroceder. Le dijo a Edgar que cerrara la puerta del cubículo por dentro y la perra volvió a su caja, donde se echó.

«¿Y ahora qué?», signó Edgar.

—Ahora, a esperar.

Al cabo de unos veinte minutos, *Iris* se levantó y empezó a moverse en círculos dentro de la caja. Gimió, jadeó y se sentó. Transcurridos unos minutos más, volvió a levantarse. Se estremeció, giró la cabeza hasta los cuartos traseros y se lamió la pelvis. Después, volvió a estremecerse.

«¿No debería echarse?», signó Edgar.

—Tú quédate sentado donde estás —dijo su padre—. Lo está haciendo muy bien.

Iris se agachó casi hasta el suelo con las caderas suspendidas sobre el relleno de la caja. Un espasmo le recorrió el cuerpo. Soltó un gemido suave, gruñó, levantó la pelvis y después se volvió para mirar lo que tenía detrás. Un cachorro recién nacido, oscuro y brillante en su saco amniótico, yacía sobre el relleno gris.

—Lávate las manos —dijo el padre de Edgar. Tenía los ojos cerrados y la cabeza apoyada en la pared—. Usa el hexaclorofeno.

Mientras se frotaba las manos bajo el agua, Edgar oyó un chillido en

la caja. *Iris* ya había desgarrado las membranas amnióticas, había puesto al cachorro panza arriba y le estaba lamiendo la cabeza, el vientre y las patas traseras. El pequeño tenía el pelo brillante y sacudía las patitas traseras sin dejar de chillar.

—¿Le ha cortado el cordón? —preguntó el padre de Edgar.

El niño asintió.

—Moja una de las toallas pequeñas y coge también una seca y un par de hojas de periódico. Arrodíllate al lado de la caja. Hazlo lentamente. Con la toalla mojada, limpia al cachorro. No lo alejes, para que *Iris* vea lo que estás haciendo. Muy bien. *Iris* te está vigilando; no pasa nada si el cachorro chilla un poco. Fíjate que tenga la nariz y la boca despejadas. Sujétalo con la mano izquierda, coge la toalla seca con la otra mano y sécalo. Puedes frotarlo un poco. Adelante, hazlo. Muy bien. Sécalo tanto como puedas. Ahora pónselo delante a la madre.

Edgar actuó siguiendo las instrucciones. Su padre estaba sentado con la espalda apoyada en la pared, los ojos cerrados y la voz baja y serena, como describiendo un sueño en el que nacieran cachorros. Cuando Edgar depositó al cachorro en la caja, su madre empezó a lamerlo de nuevo. El niño hizo una inspiración profunda y prestó atención a la voz de su padre, que lo guió a través del proceso de atar el cordón umbilical con un hilo y aplicarle tintura de yodo.

—Ahora mira si ha salido la placenta. ¿La ves? ¿Le ha salido entera? Sigue el cordón umbilical para encontrarla. Envuélvela en una hoja de periódico y ponla junto a la puerta. No hagas movimientos bruscos. Ahora vuelve a donde está el cachorro. Levántalo. Con las dos manos. Recuerda elogiar a *Iris* cuando hayas terminado. Se está portando muy bien y está siendo muy amable contigo. No te asustes si te coge la mano; sólo querrá decir que aún no está preparada para dejar que toques a su cachorro. Mientras lo manipulas, ella te estará mirando; intenta no llevártelo fuera de su alcance, y nunca fuera de su vista. Obsérvalo bien. ¿Parece normal? Mírale la cara. ¿Está bien? Perfecto. Ahora déjalo en la caja, con la cabeza cerca de una teta. Muy bien. Quédate mirando un momento. ¿Se agarra a la teta? Acércalo un poco más. ¿Y ahora? ¿Se agarra? Bien.

Iris estaba tumbada, con el cuello apoyado de plano sobre el relleno de la caja. Respiraciones como suspiros le levantaban el pecho. Edgar descubrió que podía distinguir el tenue ruido de succión del cachorro entre la estruendosa palpitación de sus oídos. Retrocedió hasta apoyar la

espalda contra la pared. Hizo una larga inspiración temblorosa y miró a su padre.

—Se te ha olvidado elogiar a *Iris* —dijo él en voz tan baja que Edgar casi no lo oyó. Cuando volvió a abrir los ojos, estaba sonriendo—. Pero ahora espera un poco. Quiere descansar.

Los cachorros llegaron más o menos con media hora de intervalo entre uno y otro. Mientras el tercero estaba mamando, el padre de Edgar recogió los periódicos apilados junto a la puerta y salió del corral paridero. Volvió con un cazo lleno de leche tibia. Edgar lo sujetó mientras *Iris* lo lamía; después, pasó los dedos por el fondo del cazo y la dejó que lamiera las últimas gotas, y en seguida le dio el cuenco del agua. *Iris* se volvió hacia sus cachorros, los hizo rodar y los lamió hasta que chillaron y, después, satisfecha, apoyó el hocico en el suelo de la caja.

El cuarto cachorro parecía normal en todos los aspectos, pero se dobló bajo su propio peso cuando Edgar lo levantó. Su padre se llevó al oído el cuerpecito inerte y contuvo la respiración. Después lanzó al cachorro hacia el techo y lo hizo bajar hasta el suelo, volvió a escuchar y repitió la operación. Finalmente meneó la cabeza y dejó a un lado al perrito muerto.

«¿He hecho algo mal?», dijo Edgar.

—No —respondió su padre—. Algunos cachorros no tienen suficiente fuerza para resistir el parto. No quiere decir que hayas hecho algo mal, ni que haya algún problema con el resto de la camada. Pero ahora sería un buen momento para sacarla a pasear; se relajará para lo que queda de parto.

Edgar asintió, cogió la correa corta y se dio un golpecito suave en el muslo para que *Iris* saliera de la caja. Ella inclinó la cabeza hacia sus cachorros y los apartó a lametazos. Los pequeños se pusieron a piar como pollitos. *Iris* dejó que Edgar la llevara hasta el patio. La noche era despejada y *Almondine* los observaba desde el porche, gimoteando en voz baja.

«Todavía no —le signó—. Pronto.»

Iris se dirigió hacia el huerto, orinó y después tiró con fuerza de la correa para volver al establo. Mientras Edgar cerraba la doble puerta de la perrera y la franja de luz amarilla se estrechaba sobre el fondo del bosque, vio el destello de una mirada: dos pálidos discos verdes que se desva-

recieron y volvieron a aparecer. «*Forte*», pensó. Le habría gustado tener tiempo para salir y comprobarlo, pero en lugar de eso se volvió y llevó a *Iris* al corral paridero. La puerta estaba abierta. Su padre se había ido y se había llevado al cachorro muerto. *Iris* se situó sobre los cachorros, los lamó metódicamente y después se tumbó y los empujó con la cabeza hasta el círculo de sus patas.

Esa noche nacieron otros cuatro cachorros. Edgar los lavó y los inspeccionó a todos, y ofreció a *Iris* agua y comida cada vez que creyó que las aceptaría. Su padre pasó todo el tiempo junto a la pared, con los codos apoyados en las rodillas, observando. Después del octavo cachorro, su padre palpó el vientre de *Iris*. Probablemente no había más –dijo–, pero tenían que esperar. Edgar le lavó a *Iris* el pelo de las patas y de los cuartos traseros, y la secó con una toalla limpia. Después se la llevó a dar otro paseo en la noche cálida. Cuando volvieron, la perra fue directamente a la caja y dio de mamar a los cachorros, como había hecho antes.

«Es una buena madre», signó Edgar.

–Sí que lo es –dijo su padre mientras se llevaba al niño del corral paridero.

Las potentes luces de la perrera dibujaban ojeras en la cara de su padre, y Edgar se preguntó si también él tendría esa misma cara de cansancio.

–Esta noche quiero que te quedes en el establo; pero no entres en su cubículo, a menos que tenga problemas. Sin embargo, antes vas a venir conmigo a casa, para lavarte.

Entraron juntos en la cocina oscura. El reloj marcaba las dos y veinticinco. *Almondine* estaba echada cerca de la puerta del porche. Fue hacia Edgar lentamente, con cara de sueño, le olisqueó las piernas y las manos y después se recostó contra su rodilla. La madre de Edgar apareció en la puerta del dormitorio, con un albornoz.

–¿Y bien? –dijo.

«Tres hembras y cuatro machos», signó él, y después añadió un amplio gesto de barrido que significaba «preciosos».

Su madre sonrió, rodeó la mesa y le dio un abrazo.

–Edgar –murmuró.

Él se preparó un sándwich de jamón mientras se lo contaba todo. Algunas cosas ya se le habían mezclado en la memoria; no recordaba, por ejemplo, si el cachorro nacido muerto había sido el cuarto o el quinto. Después, repentinamente, se quedó sin nada más que decir.

«¿Puedo volver ahora?»

–Sí –dijo ella–. Ve.

Su padre se puso de pie, le apoyó una mano en el hombro y lo miró. Al cabo de un momento, Edgar bajó la vista, cohibido.

«Gracias», signó.

Su padre se llevó a la boca la punta de los dedos, exhaló el aire y movió las manos hacia afuera: «De nada.»

Almondine se coló por el hueco de la puerta del porche antes que él y bajó precipitadamente los peldaños. No había nubes que oscurecieran las estrellas sobre sus cabezas ni ocultaran la luna creciente reclinada sobre el horizonte. Cuanto más miraba, más estrellas veía. No tenían fin. Pensó en Claude y en lo mucho que lo había abrumado el cielo la primera noche que había pasado en la casa.

«¡Caray!», había dicho su tío, como si una persona pudiera perderse en algo tan enorme.

En el establo, se detuvo para recoger una toalla limpia del cuarto de las medicinas y el *Nuevo diccionario enciclopédico Webster de la lengua inglesa* de su sitio encima de los archivadores, y fue al corral paridero. *Iris* estaba tumbada de lado en la caja, dando de mamar a los cachorros, que gorjeaban y gruñían mientras chupaban.

Edgar iba a necesitar nombres, y tendrían que ser nombres particularmente buenos. Se acostó en el suelo del pasillo, con la toalla por almohada, y abrió el diccionario. *Almondine* olfateó el aire y se asomó al cubículo con la cola baja. *Iris* abrió los ojos y levantó la cabeza. Después, *Almondine* fue hacia Edgar y se echó a su lado. Él la apretó contra su costado y ella movió las patas en el aire mientras dejaba escapar una pequeña exhalación. Después se pusieron a mirar juntos a través de la malla metálica del cubículo. La pared baja de la caja ocultaba a los cachorros, pero cuando Edgar cerró los ojos siguió viéndolos, como relucientes medias lunas negras, acurrucadas contra la suavidad del vientre de su madre.